



Discursos políticamente incorrectos para

*The Economist*¹

Cuando estaba redactando un trabajo sobre el debate actual en torno a la globalización se me ocurrió que podía “circunscribir” las características de un género periodístico redactando algunos fragmentos de texto a la vez similares al *corpus* tomado como material de referencia pero que me parecieran que su emisor jamás se atrevería a publicar. Estimé que esta podía ser una manera intuitiva de aclarar **por el lado negativo** cuál es la posición política de un medio o autor.

Fue así que, cuando tomé como punto de partida para meterme en dicho tema un reporte de *The Economist* sobre la economía mundial, se me ocurrió que ese procedimiento podía ayudarme a “comprender” los peculiares puntos de vistas de sus redactores.² En otras palabras: me propuse redactar un conjunto de textos que, por su estilo y vocabulario, pudieran ser atribuido a esa publicación pero cuyo contenido político se ubicara en la frontera entre lo que correspondía y no correspondía a su ideología.

Lo que intenté hacer fue algo así como un ejercicio hermenéutico: una incursión al curioso universo de las cuasi- verdades (o cuasi-mentiras), es decir al conjunto de las

1 Lamentablemente esta nota resultará incomprensible para quien no haya leído previamente mi trabajo denominado *Leyendo a The Economist*, 2016.

2 Cfr. *The Economist, Special Report/ The World Economy/ An open and shut case*, 1º de octubre de 2016, pp.1 y ss.

frases coherentes desde el punto de vista gramatical que nos resultan verosímiles pero no son necesariamente verdaderas en el sentido fáctico del término.³

Siempre me ha intrigado, por ejemplo, porqué es “razonable” opinar que Otelo fue un ingenuo al no advertir que estaba rodeado de cortesanos que conspiraban contra él pero no lo es suponer que la intriga palaciega que lo indujera a matar a Desdémona fuera motivada en el odio racial contra él. Porqué podía rechazar la segunda interpretación argumentando que él no era un negro -como el despreciable Calibán- sino un moro y que los venecianos de su época mantenían relaciones comerciales y militares permanentes con los reinos islámicos.

Cuando uno reflexiona sobre esos efectos de sentido necesariamente termina desembocando en molestas preguntas acerca de las relaciones existentes entre los criterios de verdad y los criterios de verosimilitud. ¿Qué es lo que hace que podamos poner por momentos entre paréntesis los criterios de verdad inherentes al sentido común cuando leemos una novela fantástica pero, a la vez, seamos también capaces de calificar a una de ellas como más creíble que otra? O bien ¿por qué la frase “ella eructó sonoramente” encajaría perfectamente en una novela picaresca española y sería incorrecta si perteneciera a una novela romántica?

Paso directamente a mi repertorio de citas apócrifas de *The Economist*:

1. “Reconocemos que la globalización ha hecho mucho daño a los trabajadores menos calificados de los países avanzados pero nuestros intereses no coinciden con los de ellos. Nuestra publicación se dirige, fundamentalmente, a una elite de políticos, empresarios y expertos involucrados en actividades estrechamente vinculadas con el libre comercio y el libre flujo de capitales”.
2. “Reconocemos que la globalización ha hecho mucho daño a los trabajadores menos calificados de los países avanzados y comprendemos sus manifestaciones de protesta pero, si consideramos sus efectos en materia de disminución de la pobreza en China y otros países del Tercer Mundo no tenemos más alternativa que considerarlos como daños colaterales que conviene aceptar”.

³ He abordado este tema en: H. Muraro, *Nuevo robo de “La carta robada” de Poe: la mancha venenosa del pecado*, Buenos aires, 1º de julio de 2016.

3. “La historia del capitalismo nos ha enseñado que este sistema económico no sólo está sujeto a ciclos sino también a períodos de apertura y períodos de cierre, tanto del comercio como de las finanzas. Un retorno al proteccionismo nos parece perfectamente posible aunque no inevitable. De todas maneras, deberemos aceptar lo que suceda”.
4. “No nos importa el abstracto beneficio promedio que la globalización puede haber redituado a los países que participan de ella, ricos o pobres. Nada puede estar por encima del contrato implícito que fundara nuestra nación. Es hora de dar marcha atrás con la apertura y que los chinos se las arreglen como puedan ya que su bienestar no es problema nuestro”.⁴
5. “El capitalismo monopolístico es –como intuyera K. Marx– un sistema crecientemente anárquico. Por esa sencilla razón ya resulta inocultable que cada paso ahora que dan los políticos para resolver problemas menores provoca inexorablemente el surgimiento de problemas mayores. Volvamos al socialismo o, por lo menos, al capitalismo de Estado”.
6. “Todas las críticas que se formulan en la actualidad a la globalización atienden exclusivamente a sus aspectos sintomáticos; no a sus causas reales. El factor determinante de los problemas que enfrentamos ahora no es el libre comercio o los capitales especulativos sino la revolución provocada por el desarrollo de la automatización. Quienes reclaman ahora más proteccionismo son luditas.”

Puedo agregar al listado anterior otra cita inverosímil que no fue inventada por mí sino efectivamente realizada por un redactor de dicho reporte especial que califico como tal debido a que presupone nada menos que profetizar el futuro de la economía mundial en las próximas décadas. “El éxito de China es probablemente irrepetible. En tanto los precios de los bienes de capital continúen cayendo verticalmente, las regiones con grandes reservas de mano de obra barata, como India o África, hallarán que les es cada

⁴ Este argumento fue parcialmente empleado por los redactores de *The Economist* cuando insertaron en un recuadro de una de sus notas la frase “Muchos trabajadores nativos ven en la inmigración descontrolada una ruptura de un contrato implícito: que el Estado debe proteger a quienes le pertenecen”. Opus cit., pp. 9.

vez más difícil irrumpir en las cadenas globales de comercio como hiciera China con tanta rapidez y éxito”.⁵

Sé que las seis citas apócrifas que redacté no **definen** de manera inequívoca la posición política o el estilo de los periodistas de *The Economist* pero confío en que ellas son útiles para delinear o circunscribir mediante ejemplos pertinentes el “aire de familia” que es propio del juego de lenguaje que ellos practican.⁶

Buenos Aires, 28 de diciembre de 2016

5 Opus cit., pp.5.

6 L. Wittgenstein, Investigaciones filosóficas, México D.F., 1998.